

ncipe

***EL PRÍNCIPE DESTRONADO: APORTACIONES DE MIGUEL
DELIBES AL CAMPO DE LA PSICOLOGÍA Y PSICOPATOLOGÍA
ORO-ALIMENTARIA DE LA INFANCIA.***

ADOLFO DE LOS SANTOS SÁNCHEZ-BARBUDO
UNIDAD DE SALUD MENTAL INFANTIL “VIRGEN MACARENA”

SEVILLA

assb49@hotmail.com

RESUMEN: Miguel Delibes, ocupa un espacio especial en la Literatura Española del siglo XX. Su obra presenta, tanto desde el punto de vista literario como psicosocial, una visión realista de la sociedad española contemporánea. En *El príncipe destronado* (1.973) el personaje principal es Quico, un niño de tres años y el quinto de seis hermanos de una familia acomodada, que se encuentra desplazado por la venida de la última niña, Cris, y trata de recuperar el cariño de la familia. Se analizan desde el punto psicológico y psicopatológico los vínculos y la personalidades de todos los miembros de la familia. Destacamos el área oroalimentaria como pantalla proyectiva de los conflictos de Quico.

PALABRAS CLAVE: dificultades de la conducta alimentaria, primera infancia, dinámica familiar disfuncional.

EL PRÍNCIPE DESTRONADO

1. El Autor

Miguel Delibes (Valladolid, 1.920), ocupa un espacio especial en la Literatura Española del siglo XX. Además de periodista y articulista, es ante todo un narrador con una amplísima producción creadora, distinguida con los más importantes galardones literarios del ámbito de la lengua castellana. Obras como *El camino*, *Las ratas*, *Diario de un cazador*, *Parábola del naufrago*, *Cinco horas con Mario* o *Los santos inocentes* se han transformado ya en clásicos. La obra de Delibes presenta, tanto desde el punto de vista literario como psicosocial, una visión realista de la sociedad española contemporánea. Visión que, por una parte, es reflejo del medio ambiente en el que se desenvuelve, y producto, por otra, de las cuidadas observaciones obtenidas en sus relaciones con personas, ya fuesen del campo o de la ciudad. La claridad de sus textos y la dilatada diversidad de sus asuntos lo transforman en uno de los genios sin duda alguna de nuestra lengua.

2. La obra analizada.

El príncipe destronado fue escrita en 1.973 y en ella el personaje principal es Quico, un niño de tres años y el quinto de seis hermanos de una familia acomodada, que se encuentra desplazado por la venida de la última niña, Cris, y trata de recuperar el cariño de la familia (Bustos Deuso, 1.990). Prueba toda clase de trucos y tretas con objeto de acaparar la atención de todos, especialmente de su madre. Esta es una de las razones por las que aún le ocurren accidentes en la cama o se moja el pantalón de vez en cuando. Otra de las formas de llamar la atención es la de cometer toda clase de fechorías hasta el punto de que miente a su madre diciéndole que se ha tragado un clavo para reclamar su atención. La madre lo lleva asustada al médico hasta que descubre el clavo en el bolsillo del pantalón del niño. Cuando siente frustraciones e impotencia ante las injusticias de los demás, reacciona gritando una serie de palabrotas que ha aprendido y que las personas mayores le dicen que es pecado decir. El niño desahoga su rebeldía diciendo estas palabras prohibidas y al mismo tiempo llama la atención hacia él aunque sea en forma negativa. En torno a Quico aparece un grupo de mujeres que tienen gran importancia en el desarrollo de la acción y en la evolución de la personalidad de nuestro personaje. Los personajes femeninos que rodean al niño son: la madre, la Vito (una de las criadas de la casa), la Domi, señora que cuida a los dos pequeños y la tía Cuqui, hermana del padre de Quico que vive en el piso de arriba de la casa y visita a veces a la familia.

El personaje de la *madre* (Bustos Deuso, 1.990), está caracterizado, en parte, desde la perspectiva infantil de Quico, por una curiosa sensación de anonimato, pues no es ni siquiera una persona, sino sólo una bata de flores que entra y sale de la cocina:

... súbitamente, la puerta se abrió y penetró como un huracán la bata de flores rojas y verdes y una voz dijo desde lo alto de la bata.

¿Qué escándalo es este? ¿Puede saberse que pasa aquí (33)

Para el niño, la madre aparece fragmentada o cosificada: una bata de flores o un jersey a rayas blancas y azules y una falda gris...; conserva una misma voz, siempre impaciente con sus travesuras, una voz que le habla duramente y que le causa vivo dolor, lo que le hace encolerizarse. Una voz obsesiva que siempre aparece cuando ha hecho algo malo para castigarle:

Os he dicho más de veinte veces que en casa no se juega a la pelota (51)

3. Análisis psicológico y psicopatológico, resultados y discusión.

Como bien dice Salvador Cervera (1995); "la función de comer ha tenido, y tiene en todas las culturas, un significado que va más allá del mero hecho de nutrirse. No se trata únicamente de satisfacer una necesidad básica para el individuo, sino que conlleva otras implicaciones que la convierten en algo complejo y sujeto a muchas interpretaciones, por lo que su estudio permite diversos modos de acercamiento."

Aparte de de su intención nutritiva, el hecho de comer es un modo de interacción en la que la comida representa un intercambio del propio individuo, en este caso Quico, con su familia y de los diversos miembros componentes entre sí.

Cuando una familia se congrega en torno a una mesa, se involucran muchas cosas además de la necesidad de comer. Los vínculos más arcaicos entre comida y apego se originan en las primeras etapas de la vida; las vivencias de deleite o desamparo ante la sensación de hambre van tallando, en ocasiones, la expresión de conflictos emocionales que pueden estar relacionados con la inseguridad, el miedo y la frustración, entre otros.

Para estar al tanto exactamente de lo que es normal en relación a la ingesta, el organismo humano cuenta con códigos internos que son reconocidos como hambre y saciedad, y es de suponer que en la persona psíquica y físicamente sana estos códigos actúan casi de forma involuntaria en respuesta a algunos estímulos. Por lo tanto, comer

normal sería un comportamiento alimentario que tiene lugar en respuesta a claves de hambre y que se interrumpe en respuesta a claves de saciedad.

Sin embargo existe un tercer elemento tan importante como los dos anteriores y este es el apetito. El apetito se caracteriza por el deseo de comer unos alimentos en una relación estrechamente condicionada por una experiencia anterior y provocada por el interés por uno u otro de ellos. Este deseo no está provocado forzosamente por el hambre, pero se halla intensamente condicionado por factores socioeconómicos. El apetito corresponde, pues, a una sensación agradable de excitación ante ciertos alimentos y a la espera del placer vinculado a la degustación de esos mismos alimentos.

Y en torno a esa noción de placer vinculado a la alimentación, es donde emergen todas las dificultades. En efecto, un niño que no espera ningún placer de su comida puede prescindir de su hambre y negarse a comer. De modo inverso, un niño muy atraído por los placeres de la mesa puede comer mucho más allá de su hambre y de sus necesidades orgánicas. Ahora bien, cuando se habla de placer se introduce una dimensión psicológica al problema planteado : la alimentación no es ya una simple función fisiológica (la necesidad de comer para vivir), como hemos descrito, sino que se convierte en una noción más compleja que hace intervenir el equilibrio afectivo del niño. Por lo tanto, la desaparición del hambre es lo propio de una enfermedad orgánica y la desaparición del apetito es lo propio de un trastorno psicológico.

Con respecto a lo segundo, es decir a la pérdida de apetito, intervienen mecanismos mentales cuya infinita variedad recubre las estructuras más diversas (desde el rechazo simple a unos espárragos hasta el rechazo de un alimento investido de un simbolismo aberrante). El niño, como un adulto en huelga de hambre, es capaz de rechazar la comida aún cuando tenga hambre y apetito. Se trata entonces de un *comportamiento de oposición al alimento*, simple o complejo.

Quico, con sus tres años de edad, adopta una actitud oposicionista en forma de juegos, ascos y rechazos ante la comida. Su madre no establece un vínculo adecuado con él preocupándole más la nutrición de su hijo que la alimentación.

Pasemos a ver lo que ocurre un día cuando entra en el comedor. Así ve Quico a su familia:

Y Quico, que penetró en el comedor tras él,- nos referimos al padre- ,divisó la mesa puesta con el mantel azul bordado y los siete platos, y los siete vasos, y las siete cucharas, y los siete tenedores, y los siete cuchillos, y los siete pedazos de pan y palmoteó jubilosamente y dijo:

-La mesa de los enanitos. (61-62)

La madre pensando en los príncipes destronados de su hogar adopta un pensamiento crítico sobre este:

... Yo no sé si esta casa acabará siendo el palacio real o un manicomio (141)

A lo largo de la novela se observan los siguientes rasgos de personalidad en el padre: Misoginia, tendencia a ser reaccionario, agresividad, irritabilidad, honradez, comportamiento absorbente e insufrible. Del mismo modo, se evidencian algunos rasgos de personalidad en la madre: Actitud insultante y culpabilizadora, tristeza, tendencia al llanto, sentimientos de culpa, irritabilidad, agresividad, crueldad, comportamiento rutinario y frío, vivacidad, severidad, , excitabilidad, pusilanimidad, tendencia a la confusión y al desatino, impaciencia, y comportamiento dubitativo.

Las relaciones de los padres de Quico, por lo general, son disarmónicas. El padre cumple el papel típico de aquella época. Es el único que aporta dinero con su trabajo en el hogar, y de la madre se espera que sea obediente y solícita, que esté a su disposición cuando llegue cansado cumpliendo así su otro papel de ama de casa. En toda la novela hay continuas descalificaciones entre ellos y casi siempre delante de los hijos cuando están almorzando:

... Dora Diosdado se casaba y Papá dijo: “¿Con esa pelagatos? Y Mamá que “por qué pelagatos y Papá “no tiene oficio ni beneficio” y Mamá “se quieren y ya es bastante (62).

En la misma comida obliga a su hijo Marcos a comer, y, de nuevo, el padre interviene:

Déjale, qué manía de forzarle, cuando sienta hambre ya lo pedirá. Pablo aclaró: - Lo del Congo es como papá y mamá; si nos peleamos nosotros, nos separan, pero si se pelean ellos, hay que dejarles (63)

Más tarde, y ante la insistencia de ella para que adquiriera buenos hábitos al comer, le dice él:

-Le asfixias la personalidad...

Mamá estaba nerviosa:

-Sí, ¿verdad? ¿Por qué no vienes a dárselo tú?

Dijo Papá:

-¿Sabes lo que decía mi pobre padre sobre los zurdos?

-Ni lo sé ni me importa- dijo Mamá. (66)

En la sobremesa: Utilizando a su hijo como puente de un mensaje altamente despreciativo y hostil, ambos padres dialogan faltándose el respeto. El padre está tomando café y mientras tanto, Quico interrumpe a la madre y ésta le contesta:

-En esta casa –respondió Mamá- son muchos los que dicen cosas inconvenientes. Luego nos extrañamos de que los niños hablen lo que no deben...

Después le pide a su padre que le ponga un disco y le dice:

-¿Más discos?... ¿Te parecen pocos discos todavía? Mira Quico, en este mundo cada cual tiene su disco y si no lo toca revienta, ¿comprendes? Pero eso no es lo malo, hijo. Lo malo es cuando uno no tiene disco que tocar y se conforma con repetir como un papagayo el disco que estuvo oyendo toda su vida. Eso es lo malo, ¿comprendes? No tener personalidad. Tú eres Quico y yo soy yo, y si Quico quiere ser yo, Quico no es nada; un don nadie, un pobre diablo sin nombre y sin apellidos” (72-73)... Quico abría mucho los ojos... Al cabo,... miró a su madre. Mamá dijo con rara suavidad:

-Quico, hijo mío, si en esta vida ves antes la paja en el ojo ajeno que la viga en el propio, serás un desgraciado. Lo primero que has de aprender en este mundo es a ser

imparcial. Y lo segundo, a ser comprensivo. Hay hombres que creen representar la virtud y todo lo que se aparta de su juego de ideas supone un atentado contra unos principios sagrados...¿me comprendes? (73)

Con respecto a las relaciones entre los padres y los hijos, el autor realiza a través de la obra un examen pormenorizado tanto de las relaciones materno-filiales como de las paterno-filiales. La tónica general de las relaciones de la madre con los hijos va a estar representada por esta frase: *Estoy aburrida de niños!, ¡No puedo más!* (54). Y en cuanto a Quico ella no comprende el mundo mágico por el que está atravesando evolutivamente, y le pregunta lo siguiente:

-¿Qué tienes ahí? ¿Qué porquería es ésta?

Quico levantó de golpe la cabeza.

-No es porquería- dijo-. Es un camión. (12)

A lo largo del libro es una constante la búsqueda de una atención por parte de la madre y siempre ésta le está riñendo o poniendo su atención en otros menesteres. Lo cierto que ella está desesperada con Quico y en parte también decepcionada de él (*Yo no sé qué va a ser de esta criatura*) (66, 160, 165, 166, 167). Sin embargo hay un episodio, cuando la madre lo lleva al médico para que compruebe la veracidad de haberse tragado la puntilla, en la que ella muestra su preocupación materna.

Por lo general, las relaciones que el padre adopta con Quico son de sentido común en cuanto a educación básica en el aprendizaje de sus conductas. Aunque volviera cansado del trabajo, se interesaba por los asuntos de Quico y le expresaba sus sentimientos. No es así cuando aborda a Pablo, con el cual adopta actitudes de crítica. Suele desbordarse cuando su esposa lo pone en ridículo delante de ellos, entonces estalla y no reprime su ira. En las siguientes páginas (73 y ss.) hay un monólogo del padre hacia Quico, al cual le habla como una persona mayor, y este no entiende nada, lo único que hacía era asentir *“maquinalmente y le miraba sin pestañear con sus ojos azules, infinitamente*

tristes.” La forma más adecuada para ayudarlo consiste siempre en el acercamiento afectuoso del padre hacia él, y el estrechamiento de los vínculos, procurando hacer entrar en su vida, gradualmente, a Cris, sin que se sienta desplazado o menos querido.

A continuación describiremos los aspectos psicológicos que se encuentran en Quico. Delibes representa en su novela un niño observador, listo, acusica, omnipotente, con conductas propias de adultos y de imitación, muy preocupado por la muerte, y con un nivel alto de lenguaje.

Y para finalizar, pasemos ahora a abordar ciertos aspectos del área de la alimentación que aporta el autor en *El príncipe destronado*. En ella se describen diversas situaciones, ya sea con nuestro protagonista o con los otros miembros de la familia. Aquí la labor de los padres es fundamental en cuanto a sintonía en los fines educativos o disposición individual para un abordaje adecuado frente a los problemas que surjan. Aquí es fundamental el papel de las criadas como sustitutas de la figura materna. Cuando Quico juega con la comida y no come, la Vito, una de ellas, enfurecida lo amenaza con llamar a su madre:

Quico se llevó desganadamente a la boca una cucharada de papilla y la paladeó con repugnancia:

-¡Qué asco! – dijo.

... La Vítora dejó a la niña en el suelo y quitó la cucharilla de la mano de Quico:

-Trae acá; pareces un niño pequeño.

-¡No soy un niño pequeño!

...

-¡Pue come! Así te harás grande como tu papá, que si no...

Quico abrió la boca, cerró los ojos y tragó. Quico abrió la boca, cerró los ojos y tragó; parecía un pavo:

-Ya no más, Vito – dijo con los ojos anegados, implorante.” (27-28).

Estos aprendizajes anómalos iniciales en la alimentación pueden cristalizar a la larga en problemas afectivos en la segunda infancia o en la pubertad o adolescencia. Sin embargo, si paralelamente, el niño busca sus propias recompensas gastronómicas a partir de golosinas, puede asociar estos a una auténtica (falsa) alimentación y no a la que tendría que tener de modo verdadero:

... Luego se llegó al cuarto de la plancha, hurgó unos segundos en la estantería del rincón y sacó de una caja de hojalata el Chupa-chups amarillo. Sonrió. Regresó a la cocina, quitó el papel del caramelo, y le dijo a Juan:

-Anda – dijo -, mira lo que tengo. (31-32)

Lo cierto es que ya sea quien asista al niño, acaba riñéndole y agrediéndolo física o verbalmente:

... y mamá se volvió a él y le dijo:

-¡Come!

-¡No me gusta – dijo Quico.

Mamá le arrebató violentamente el tenedor de la mano, cortó un pedacito de canalón y se lo metió en la boca. Quico mordisqueó sin ningún entusiasmo. Dijo Mamá:

-Este chico me tiene aburrida.

-¿Qué pasa? – preguntó Papá.

...

Mamá dijo.

-¿No lo ves? No hay manera de hacerle comer.

...

Papá le dijo a Mamá:

-Déjale, que manía de forzarle, cuando sienta hambre ya lo pedirá.

...

Mamá se irritó con Papá:

-Y si no la siente, que se muera, ¿verdad? Es muy cómodo eso...

-Se volvió a Quico-: ¡Vamos, traga de una vez!

Quico tragó estirando el cuello, como los pavos.

En esta escena, mientras la familia al completo almuerzan, todos hablan, todos se interrumpen y los padres discuten sobre temas educacionales:

... y Mamá le dijo “come” y él masticó, cambiando de sitio el pedacito de carne, cada vez más estrujado, cada vez más reseco, bajo la atenta y desesperada fiscalización de Mamá que, al cabo de unos segundos, le dijo:

-Anda, échalo, ya se le hizo la bola; las tragaderas de este niño son una calamidad.” (63 a 65)

En esta escena, hay un discurso inacabable entre Quico, que le pide a la madre que lo atienda y que lo comprenda, y una madre que nunca se pone en la situación del chico. Hay indicadores de decepción y desesperación hacia él. El padre, que observa cómo transcurren los acontecimientos, explota y le dice a su esposa:

-Le asfixia la personalidad-

La madre se preocupa de la nutrición de Quico pero no de su alimentación, ese tema se lo da a Vito:

Entró Mamá y le alargó un bollo suizo con jamón dentro.

-Ten- dijo con el ceño fruncido. Volvió el rostro a la puerta entreabierta:- Vítora, cuide de que lo coma.

-Descuide- dijo la Vítora.

Mamá salió. Quico mordisqueó el bocadillo. (66)

Cuando lo llevan al médico por tragarse la puntilla, al hacerle la historia le pregunta sobre algunos signos clínicos tras la ingesta de un objeto extraño:

- Lo intentaré, Emilio- dijo con desánimo-. Pero no tengo ninguna fe; las tragaderas de este niño son una calamidad.

-Es necesario- dijo el Fantasma.

Mamá continuaba moviendo la cabeza de un lado a otro y el Fantasma añadió:

-Y con esas malas tragaderas que dices que tiene, ¿no tosió, ni se atragantó, ni le sobrevino una arcada cuando...? (133)

Una vez explorado, y con unos resultados negativos, salen de la consulta y el niño le comenta a la madre:

-¿Me ha sacado la punta el médico de la barriga? -preguntó.

- Claro -respondió Mamá-. Ahora tendrás que comer espárragos para curarte de todo.

Quico arrugó las cejas.

-¿Espárragos?-dijo-; ¡qué asco! (133)

Cuando tiene que ponerle los espárragos para que se los tome, la madre insegura ante el rechazo alimentario lo aborda así:

... Agregó con voz temblona depositando un plato en la mesa enana:-

Ahora el niño es bueno y va a comerse unos espárragos, ¿verdad, mi vida?

Le subió a Quico hasta la garganta una irritación sorda:

...

Mamá le metió un espárrago en la boca. Quico mordisqueó la punta. Dijo entonces

Mamá suavemente:

-Eso son mañas de niño chico, Quico. Anda, come.

Tardó en tragar. Apareció la Vítora. La música había cesado ya:

-A ver, majo; a ver cómo te comes todo el plato como un hombre-dijo la Vítora.

...

Mamá animaba incansablemente a Quico, pero Quico cambiaba las hebras estoposas de un lado a otro de la boca y cada vez que intentaba tragar aquella bola áspera, se le amorataba el bigote, le lloraban los ojos y le sobrevenía una arcada:

-No me gusta-dijo tras un esfuerzo.

-Pues lo tienes que comer, tanto si te gusta como si no- replicó Mamá impaciente.

Intervino Juan:

-Los hilos, ¿son para atar el clavo?

-Eso-dijo Mamá-. ¡Vamos, traga!

Quico amenazaba volverse del revés cada vez que dejaba resbalar hasta la glotis y de un golpe de tos la devolvía a la boca y continuaba masticándola, triturándola incansablemente. Y Mamá musitaba: "Dios mío, qué castigo" y, mas tarde, "Vamos, traga", y más tarde,"Te doy una peseta por cada bola que tragues, Quico". Más Quico no lo conseguía..." (142-143-144)

Sin embargo lo que le gustaba no ponía resistencia:

Quico engullía la tortilla con relativa rapidez.

-Esto te gusta, ¿eh, granuja?-dijo la Vítora.

-Como no se me hace bola... (156)

Estos problemas oroalimentarios se acompañan habitualmente de dificultades en el área de lo emocional. Observamos en Quico diversos indicadores de un posible cuadro depresivo-ansioso a lo largo de la novela. Entre ellas destacamos:

a) Aburrimiento:

Había momentos, dentro de la frenética actividad de Quico en los que se aburría. Uno de estos aparece cuando después de jugar con el tubo de dentífrico como si fuera un coche se acerca a su hermano Juan y le dice:

-Me aburro- (91)

b) Sentimientos de culpa:

Quico se siente culpable de ser niño, de hacer travesuras, de haber nacido fuera de tiempo. Son varias las ocasiones en las que lo culpabilizan. Por ejemplo, una de ellas, lo hace la Domi porque descubre que ha pintarraqueado a Cris:

La Domi le apartó bruscamente:

-Tú tienes la culpa. Si me marchó es por ti, de manera que ya lo sabes.

-No, Domi.

-No, Domi; no, Domi, ¡y quién ha pintado a la Cris?

-Ella.

-Ella, ella; ¿te crees tú que la Domi se chupa el dedo?

-Yo no me chupo el dedo, Domi.

...

Los ojos de Quico se entristecieron. (124)

Otra vez ocurre con la Vito:

-Ven aquí, Barrabás; que eres más malo que Barrabás. De la piel del diablo eres tú; ¡madre, qué crío éste! No gana una para sustos con él. (138)

c) Llanto:

En una ocasión su hermano Juan lo hace enrabiarse metiéndose con él y llamándole *pequeñajo*, y entonces *Quico prorrumpió en un llanto rabioso*. (141)

d) Tristeza:

Ante la intransigencia de la madre con él a lo largo de la obra, Quico a veces muestra tristeza en su aspecto. En una ocasión, ante la desesperación materna por la lentitud del hijo a la hora de la comida *Quico le enfocó sus ojos implorantes con una vaga sombra de tristeza en su limpia mirada azul.* (66)

El autor siempre que saca la tristeza en Quico, la expresa a través de los ojos *azules infinitamente tristes* (74), (124)

e) Agresividad:

En el ambiente de beligerancia donde desarrolla su niñez, Quico se identifica con la figura del padre:

... Yo, cuando sea mayor también quiero ir a la guerra de Papá y matar a más de cien malos...

-Yo ... yo cuando sea mayor quiero ser guardia.

-Sí- dijo Juan-, ¿y si te pilla un coche?

-Pues mato al señor del coche.” (155-156)

f) Miedo:

A lo largo de la obra *Delibes*, describe algunas situaciones en las que Quico tiene reacciones de miedo. En una de ellas, Vito enciende una candela y Juan le dice que es el infierno y que ha visto al demonio:

Los tres niños miraban el fuego como hipnotizados. Las pupilas de Quico estaban empañadas por las sombras de terror (40)

En otra ocasión cuando jugaban a ver el ángel de la guarda le ocurre lo siguiente:

Juan entornó los párpados para reforzar la imaginación:

-¡Dios!- dijo de pronto -, si no es un ángel; es un demonio, ¿no lo ves?

Quico se apretó contra él:

-No es un demonio, Juan - dijo.

-Sí- agregó Juan-. ¿no le ves las alas y los cuernos y que vuela muy de prisa?

Quico le agarró por el jersey:

-No es un demonio, ¿verdad, Juan? (49)

En otro momento, cuando el amigo médico de Mamá saca el encendedor para darle lumbre a ella, Quico le pregunta:

-¿Es el infierno?

Agarró la mano de Mamá, de pie a su lado.

-No, hijo.

-¿No estarán los demonios detrás de eso? – apuntó añl extraño artefacto de hierro y cristal.

-Aquí no hay demonios –respondió Mamá. (131)

Al final del libro ocurre un hecho que es que Quico tiene miedo a irse a la cama y dormirse. Domi hace todo lo posible porque lo haga pero el niño pide que le acompañe su madre:

Pero Mamá ya estaba junto a él y se sentó en la cama de Marcos y le decía suavemente:

-¿Qué pasa, Quico? ¿Tienes miedo?

-Sí- musitó Quico.

-¿Y a qué tiene miedo mi niño?

Quico sacó la mano por el embozo y, a tientas, buscó la de Mamá. Mamá se la oprimió entre las suyas y él notó enseguida el calor protector.” (164 a 166)

4. Referencias bibliográficas.

BUSTOS DEUSO, M. L. (1990), *La mujer en la narrativa de Delibes*. Universidad de Valladolid: Secretariado de Publicaciones.

CERVERA, S. y QUINTANILLA, B. (1995), *Anorexia nerviosa (Manifestaciones psicopatológicas fundamentales)*, Pamplona, EUNSA.

Delibes, M. (1976), *El príncipe destronado*. Barcelona: Ediciones Destino.